



HERMAN Y EL “LIBRO CHICO”

POR TOMÁS GUENDELMAN BEDRACK

pág. 14

OPINIÓN

El lanzamiento del libro del cincuentenario se fijó para el lunes 22 de septiembre a las 12 horas. Incómodo, sin duda, pues en ese horario se corta la mañana y se enreda la tarde, y si agregamos que ello ocurre después de un feriado largo; no podemos ignorar la “resaca dieciochera”.

El presentador de la obra fue un estimado colega y amigo, que no era cualquier persona. Se trataba de un ex Presidente de la República, lo que implicaba refuerzo de seguridad y menor disponibilidad de estacionamientos. Había que llegar alrededor de las once, con lo que la mañana se reducía a su mínima expresión. Al término se ofrecería un cóctel, de tamaño desconocido, lo que complicaría la decisión de quedarse con lo servido, mejorarlo un poco con un almuerzo ligero o, simplemente, abstenerse de los bocadillos y proceder como era habitual para cada uno.

Sorprendentemente, el presentador llegó a la hora; los discursos fueron breves y atinados; la presentación, impecable y positiva; la exaltación de personajes ilustres de nuestra historia, obviamente relacionados con el libro, prolija y bien fundamentada; la duración, una hora. A las 13 horas estábamos listos con la parte formal, y se dio inicio al cóctel.

Los bocadillos estaban bien medidos y mejor servidos. Eduardo Frei Ruiz-Tagle departió con amabilidad con

sus colegas, ex compañeros y amigos, rememorando tiempos de juventud, con pichangas incluidas, retirándose discretamente a las 13:20. No hubo debates políticos ni consignas partidistas. Todos éramos iguales y era fácil alcanzar acuerdos de opinión que no suelen observarse en el debate cotidiano que nos presenta la prensa.

Correspondía retirarse, pero había que llevarse un ejemplar del libro recién “parido”; *50 años del Colegio de Ingenieros de Chile*. Su precio era también razonable: \$20.000, valor más que apropiado para un documento precioso, muy bien compuesto, de formato suficientemente grande para destacar junto a otros libros, pero calculado para que tuviera cabida en un estante de libros y no sobre una mesa de centro para llamar la atención. El buen sentido seguía prevaleciendo en el ambiente.

Al lado de los ejemplares en exhibición se encontraba otro libro, un “libro chico”, de modesta encuadernación, al módico precio de \$3.000. Con poco dinero extra uno se podía llevar dos libros en vez de uno. Opté por ese camino y me llevé los dos.

Ya en el auto, puse cuidadosamente el libro recién presentado sobre el asiento trasero, mientras tiré literalmente el “libro chico”, sin ningún cargo de conciencia, dentro de mi maletín, donde pasó a engrosar el vo-

lumen de papeles que tardan a veces años en salir del interior, registrando tan sólo su entrada y su salida, sin haber sido leídos jamás.

En mi oficina dejé –como de costumbre– el maletín a mis pies y dediqué una buena hora a ojear cuidadosamente el libro mayor. Disfruté de las fotografías, de la compaginación general, de los contenidos y de los rostros conocidos, pero que no veía en largos años. Lo dejé reposar en el escritorio y lo volví a repasar al día siguiente, ya penetrando en sus detalles. A todo esto, mi maletín sin abrir, iba de mi oficina a la maletera del auto, desde ahí a una mesa de lectura en el escritorio de mi casa, para retornar a la mañana siguiente a la maletera del auto y terminar posándose a mis pies, como todos los días.

Al cabo de algunas semanas, siguiendo la misma rutina, una tarde en mi oficina sentí un poco de frío y me apareció una molesta tos. Me di cuenta que estaba atrapando un resfrío de primavera y que la única solución sería meterme “al sobre” esa tarde y todo el día siguiente. Me retiré alrededor de las cinco, siguiendo la rutina ya descrita del maletín, y me fui a casa. Me acosté, medí la temperatura y observé que el resfrío más bien era un estado gripal. En pocos minutos estaba dormido y sólo me incorporé algunas veces para beber un vaso de tilo con limón que me puso mi mujer en una jarra sobre el velador. Esa tar-

de bebí como dos litros de la infusión y no tuve ánimo para cenar. A la mañana siguiente la fiebre había bajado, pero no lo suficiente como para dejar de sentirme abatido. No tuve ánimo de leer y los programas de televisión que se exhibían en los canales del cable en horarios diurnos eran insoporables. Luego comprobaría que los programas vespertinos y nocturnos no cambiaban de calidad.

Cuando ya tuve ánimo, después de las seis de la tarde, decidí abrir el maletín para tratar de ordenarlo, pero todo quedó en la intención, pues se me apareció el “libro chico”, casi despreciado en su momento, y decidí darle una mirada. Empecé desde el comienzo y me encontré con el primer lugar del concurso de cuentos escritos por ingenieros. Tenía una breve extensión, de modo que opté por leerlo. Quedé absolutamente impresionado con el relato y con la calidad de la pluma del autor. El diálogo entre un humano adulto y un perro moribundo me pareció magistral. La lección de vida que se desprende de las intervenciones del perro debieran servir de texto de humanidad para jóvenes y adultos, no obstante provenir –paradojalmente– del interlocutor canino.

Tal fue el interés que éste primer cuento me provocó, que en dos horas había leído el libro completo. Ciertamente había una distancia importante entre el cuento ganador del primer premio con respecto al resto de los escritos, pero ello era producto de la excepcional calidad del ganador y no de la falta de méritos de los restantes, en un nivel muy parejo y llenos de talento narrativo, con temáticas interesantes, entretenidas y, por sobre todo, muy originales. Las “tres lucas” habían sido muy bien gastadas.

A raíz de este hallazgo literario empecé a reconocer talentos en muchísimos ingenieros que dedicaban abundante energía a obras literarias.

Recordé a Raúl Zurita, a mis compañeros de curso Sergio Velasco y Alfonso Herman, a Sergio Contreras, a Roberto Alliende, a Juan Carlos Sáez, editor de libros y fuente de referencia importante en la lectura de muchos colegas, a Nicanor Parra, que no sé si es ingeniero, pero que, en todo caso, fue profesor en cátedras de física y de literatura en la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile.

No obstante la calidad literaria de muchos ingenieros, cuyos nombres he omitido porque contribuirían a desviarme del objetivo de este “cuento”, no puedo dejar de destacar en forma muy especial a mi gran amigo y colega Herman Schwember, desaparecido en mayo de este año, y que ha dejado un vacío inmenso entre quienes compartíamos tertulias quincenales con él, leyendo a Penrose.

Herman fue un hombre de múltiples talentos, entre los que sobresalía la literatura, a pesar de que nunca ello le sirvió para ganarse la vida, por lo que debió trabajar como ingeniero, su profesión oficial. Creo que en ese campo lo hizo igualmente muy bien, pero en la literatura rayó a gran altura, no medida en éxitos de ventas o número de libros, sino en la calidad intrínseca de ellos.

Mi primer contacto con Herman fue casual, y se produjo después de que ganara el concurso de novelas de *El Mercurio* con *Yo, Pecador*. Leí la noticia del resultado del concurso de novelas en el diario, pero no pasó por mi mente la idea de leer el libro hasta que un querido colega me lo trajo de regalo y me dijo: “léelo. Es indispensable que lo hagas”.

Para ser breve, debo señalar que he regalado sobre veinte ejemplares de *Yo, Pecador* a igual número de amigos, dándoles la misma orden que recibiría en mi turno como receptor. Nunca alguno de los favorecidos con este obsequio ha quedado defraudado.

“Herman Schwember
fue un hombre de
múltiples talentos, entre
los que sobresalía la
literatura, campo en el
cual rayó a gran altura”.

Trabamos una interesante amistad producto de una empatía espontánea, al extremo de que Herman me solicitara que presentara su libro *Donde otro no ha llegado*, junto a personajes de la talla de Sol Serrano, Fernando Castillo Velasco y de mi querido ex compañero Claudio “Moró” Friedmann, igualmente desaparecido de manera abrupta, inoportuna y anticipada.

Como ya lo he comentado anteriormente, Herman fue el motor de un grupo de ocho colegas que decidimos tratar de leer a Penrose, pero que hemos devenido en buenos amigos y compañeros del curso que nos dicta el gran maestro y connotado músico Marcelo Loewe. Penrose está temporalmente en el “dique seco”, esperando su turno para reaparecer. En su lugar, y a modo de “precalentamiento”, Marcelo nos ha conducido por los mundos de las cosas muy grandes que se mueven muy rápido y por el de las muy pequeñas, que nos engañan, pues son capaces de estar en diversos lugares al mismo tiempo. Herman, desde su “más allá”, nos sigue alentando a seguir y nos habla, no como se entiende en el mundo de los humanos, sino en la forma y con el fondo en que se expresa el canino del primer premio del “libro chico”. ❧